

DOMINGO XIV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 66, 10-14c): *Alegraos de su alegría.*

Salmo (65, 1-3a.4-5.16 y 20): *«Aclamad al Señor, tierra entera»*

2ª lectura (Gálatas 6, 14-18): *La paz y la misericordia de Dios venga sobre todos.*

Evangelio (Lucas 10, 1-12.17-20): *Rogad, pues, al dueño que mande obreros.*

Jesús envió a un grupo numeroso a anunciar el Evangelio y los hizo participar de su misión. Desde el comienzo de su enseñanza el Maestro va preparando a sus seguidores para que reciban su testigo y, superando cualquier dificultad que encuentren, lleven su mensaje hasta los confines del mundo, hasta las periferias, hasta lo más profundo del corazón de cada persona. Los apóstoles son aquellos que han sido enviados por Jesús. Cada uno de nosotros también somos apóstoles, mensajeros, enviados y participamos de la misión de Cristo.

El apóstol no se apoya en sus propias fuerzas ni en sus propios recursos para anunciar el Evangelio. La talega llena, la alforja repleta y unas buenas sandalias, como dice el texto del evangelio, no son garantía de fecundidad. La fuerza viene del poder del mensaje y del envío de Jesucristo. No ponemos la confianza en la abundancia de recursos materiales, sino que la ponemos en el Señor. Cuando vibramos con su Palabra, cuando nos dejamos cautivar por su mensaje y vivimos con autenticidad nuestra vocación cristiana..., entonces somos fecundos.

Anunciar el Evangelio es vivirlo, seguir los pasos de Jesús y reproducir su mensaje en nuestra vida: *«Francisco de Asís hizo crecer la fe, renovó la Iglesia; y al mismo tiempo renovó la sociedad, la hizo más fraterna, pero siempre con el Evangelio, con el testimonio. ¿Sabéis qué dijo una vez Francisco a sus hermanos? “Predicad siempre el Evangelio y si fuera necesario también con las palabras”. Pero, ¿cómo? ¿Se puede predicar el Evangelio sin las palabras? ¡Sí! ¡Con el testimonio! Primero el testimonio, después las palabras».* (El papa Francisco, “Encuentro con los jóvenes”)

Es un gozo descubrir los signos de la presencia de Dios que suceden a nuestro lado. Quizá no sean grandiosos ni siquiera evidentes, quizá haya quien no los reconozcan como tales o piense que se deben al azar o a la fortuna, sin embargo Jesús nos recuerda los signos que acompañan a aquellos que viven y muestran el Evangelio: La alegría que aporta acoger el Evangelio y seguir los pasos del Señor; el gozo que supone participar en la vida de la Iglesia y comprometerse por los demás; la gratitud de tantos testimonios personales y la grandeza de pequeñas (y grandes!) acciones que colaboran en edificar un mundo más humano. Son los signos de Dios que se manifiestan en la vida de los creyentes y de la Iglesia y que nos acompañan siempre en el anuncio del Evangelio.

Dios ha querido necesitar de hombres para salvar a los hombres. La obra de la salvación es como una abundante cosecha que, nadie solo ni pocos solos pueden realizar: **es obra de todos**. La evangelización es corresponsabilidad y colaboración, cada vez más necesaria por cuanto que, cada vez, escasean más los “profesionales”-misioneros-de la evangelización y la “mies” se hace cada vez más diferenciada.

La sociedad de consumo aleja a muchos del “consumo” de Dios. Hay, sin embargo, razones para un fundado optimismo. Si en occidente decrece el número de vocaciones, en conjunto, dentro de la universalidad de la Iglesia, crece, año tras año, en los países que llamábamos de misión.

El Reino de Dios tiene sus desconcertantes paradojas: es asesinado pero vive, se le persigue y oprime pero se revigora en la persecución. El Reino de Dios es simultáneamente debilidad y fortaleza: **la debilidad humana con la fuerza de Dios**. Es necesario comprenderlo: *«Si sólo se ve bien con el corazón porque lo más esencial permanece oculto a los ojos»*, en esta realidad espiritual hay que traducirlo diciendo que: *«Sólo se ve bien con los ojos de la fe porque las cosas del Espíritu permanecen ocultas a la razón»*.

Jesús envía a sus discípulos como ovejas entre lobos. Obispos, religiosos, seglares son perseguidos y asesinados por ser testigos del Evangelio y practicar sus virtudes. La Iglesia y el mundo necesitan hombres y mujeres que acepten ser enviados a llevar alegría y esperanza con su acción evangelizadora. La evangelización debe implantarse en la vieja cristiandad anunciando el Reino de Dios en todas las manifestaciones de la vida: la vida familiar, social, política y cultural. No se puede, en estos tiempos, limitar al número de comprometidos directamente a estamentos eclesiásticos. **“Todo cristiano está obligado y debe implicarse en el compromiso de evangelizar”**.

Ya no hay “predicadores ambulantes, ni misioneros populares”. La sociedad actual no está abierta a esta clase de anuncio. El lenguaje más normal y universal es una vida consecuente con los principios de la fe, sin complejos ni timideces, nutrida de la palabra y sacramentos de Cristo. Porque nadie puede dar lo que no tiene. Por eso nos reunimos los domingos, para celebrar la presencia de Dios entre nosotros, dejarnos llenar de Él y ser enviados por Él a anunciar su presencia en la vida diaria: **“Ser cristiano es sentirse parte activa de la comunidad, poniendo a disposición de los demás todo cuanto hemos recibido”**.